

tituyera conforme á su voluntad. Habíase conseguido el primero á costa de muchos esfuerzos, de muchos peligros y de mucha sangre: para lograr el segundo, era menester que los hombres de hierro, que habían llevado la revolución hasta la capital, saltando de monte en monte y de breña en breña por encima de las bayonetas y de los cañones del dictador, desplegaran en los consejos de la política tanta sabiduría y tanta entereza como valor habían mostrado en las batallas. Pronto veremos que no faltaron estas cualidades á los heroicos caudillos de la revolución.

## CAPITULO NOVENO.

### TRIUNFO DE LA REVOLUCION.

Pronunciamiento de la guarnicion de México.—Infraccion del plan de Ayutla.—Pronunciamiento del pueblo.—Gobierno del general Carrera.—Dificultades.—Renuncia.—Adóptase definitivamente el plan de Ayutla en la capital.—Plan de San Luis.—Nueva lucha de la revolución.—Firmeza de los caudillos.—Peligros.—Comonfort en Guadalajara.—Sale para Lagos.—Conferencia de Lagos.—Convenios.—Comonfort en Guanajuato.—Marcha á Cuernavaca.—Ovaciones.—Motivos que tuvo para retardar su viaje.—Nombramiento de representantes para elegir presidente.—Llega Alvarez á Cuernavaca.—Es elegido presidente interino.—Efectos de esta eleccion.—Manifestacion de Comonfort.—Ministerio.—Comonfort ministro de la Guerra.—Vuelve á la capital.—Ajitacion de los ánimos.—Síntomas de trastorno.—Pronunciamiento de Guanajuato.—Nombramiento de Comonfort para presidente sustituto.—Efecto que causó.—Rasgo notable de Alvarez.—Tranquilidad.

La fuga del general Santa-Anna fué el triunfo de la revolución; pero la revolución no estaba en la capital para recoger del suelo el poder que el dictador había abandonado. Podía levantarle el primero que pasara, y no había razon para llevarlo á mal, supuesto que era entonces un bien para la República darla siquiera un simulacro de gobierno. Los dias que pasó sin él, desde el 9 hasta el 14 de Agosto, fueron dias de la mas cruel ansiedad para los habitantes de México, que sentían rugir sorda y amenazadora la tormenta popular, y veían acercarse el monstruo de la anarquía á destruir cuantos restos habían quedado de orden público. Conservóse éste por los laudables cuidados del gobernador y comandante general del distrito y por la digna actitud de los cuerpos de la guarnicion, bien que no se salvó la tremenda crisis sin que se mezcláran con los buenos arranques patrióticos, desabogos de mala ley, como ya se ha relatado.

El 13 de Agosto, dia de las grandes demostraciones populares, la guarnicion de México levantó una acta en la cual

declaraba su adhesión al plan de Ayutla, nombrando general en jefe á Don Rómulo Díaz de la Vega que era gobernador y comandante general del distrito, y encomendándole el nombramiento de dos individuos por cada departamento, para que eligieran presidente de la República. El general Vega nombró á los representantes, y éstos eligieron el día 14 para presidente provisional, al general Don Martín Carrera, quien entró al punto en el ejercicio de sus funciones.

Con esto se había infringido el plan de Ayutla, que era la ley de la revolución, al mismo tiempo que se le proclamaba; y fué una lástima que por tan mal camino hubiera subido al poder el general Carrera, tan digno de ocupar los primeros puestos del Estado.

El mismo día 13 muchos vecinos de la capital, á nombre del pueblo, levantaron otra acta, por la cual se adherían sin ninguna modificación al plan de Ayutla; mas prevaleció por entonces la acta de la guarnición, aunque todo el mundo veía patentemente que había de durar poco el órden de cosas creado por ella.

Empezó á gobernar el nuevo presidente, y empezó á tropezar con infinitas dificultades, porque ni sus personales prendas ni la bondad de sus medidas bastaban para hacer que se echara en olvido la ilegitimidad de su poder. Espidó la convocatoria para el congreso constituyente, é invitó á los caudillos de la revolución á que se reunieran en el pueblo de Dolores el 16 de Setiembre, con el objeto de conferenciar sobre la marcha que debía adoptarse; pero aquellas disposiciones no produjeron ningun efecto, porque el gobierno no era reconocido; y el general Carrera tuvo ocasión de ver que todo el respeto que inspiraba su persona se estrechaba en la bastardía de su autoridad. La renunció pues el día 11 de Setiembre, y entonces se adoptó ya sencillamente el plan de Ayutla, quedando otra vez como general en jefe de las tropas del distrito, Don Rómulo Díaz de la Vega.

Como quiera que sea, hay que confesar que el gobierno del general Carrera hizo un gran bien, porque salvó al país de los horrores de la anarquía. Tocóle hacer muchas cosas buenas, y tuvo la gloria de satisfacer las grandes y urgentes necesidades de entonces. Empezó á recoger los esparcidos escombros del edificio político, que habían derribado los esfuerzos de la revolución, los desmanes de la tiranía y la caída de los tiranos: dió las órdenes convenientes para que cesaran las hostilidades entre los pronunciados y el ejército, poniendo fin á las calamidades de la guerra: dictó medidas reparadoras é hizo nombramientos de autoridades que todavía subsisten: preparó bien el camino al gobierno de la re-

volucion, que pudo encontrar despues la cosa pública en vía de reforma y de arreglo: probó en fin, que la República quería la libertad con el dedit, y que si había luchado denodadamente contra los que habían invocado el segundo para oprimirla, haria lo mismo contra los que invocaran la primera para desquejarla.

Carrera al dejar el poder, dió un manifiesto á la nacion, en el cual explicaba los motivos de su conducta, y las reglas por las cuales había guiado la política de su gobierno. (1)

Otra emergencia no menos peligrosa para la revolución, había brotado al mismo tiempo que la de la capital. Mientras que la guarnición de ella levantaba su acta de 13 de Agosto, infringiendo en su parte mas esencial el plan revolucionario, Don Antonio Haro proclamaba otro plan en San Luis, erigiéndose en primer jefe del movimiento político regenerador de la República.

De este modo, cuatro dias despues de la fuga de Santa-Anna, había ya en el país dos nuevos elementos con los cuales tenía que luchar la revolución; elementos tanto mas peligrosos, cuanto que ambos halagaban al pueblo en sus aspiraciones é intereses. Tanto el plan de México como el de San Luis proclamaban el principio de la libertad; y sin embargo, ni uno ni otro eran amigos de la revolución que había costado tantos sacrificios: uno y otro dejaban en pié la mayor parte de las ideas y de los abusos por cuya extirpacion habían combatido durante diez y ocho meses, los hombres de Acapulco, del Peregrino y de Zapotlan. El plan de México era una mala transacción de lo pasado, falto de apoyo, con la revolución que venia triunfante: el plan de San Luis era una grande ambicion tendiendo la mano en adelante para amparar, pero realmente pidiendo ayuda al clero y al ejército, que se consideraban amenazados.

Firmes se mantuvieron los caudillos de la revolución contra el gobierno de Carrera, y no fué menor la energía con que se opusieron á las pretensiones de Haro. Sin embargo, aquí se trataba de una dificultad mucho mas grande que la primera. El plan de San Luis podia no considerarse como una usurpacion hecha por unos cuantos jefes, que aprovechándose de la ansiedad pública, habían creado un gobierno sobre las ruinas del antiguo. Haro no era una entidad intrusa en la revolución por las recientes circunstancias; no acababa de servir al dictador en los primeros puestos del Estado, como sucedía respecto de los hombres de la capital: Haro era un ciudadano proscripto por la dictadura, á la cual había he-

(1) Véase este *Manifiesto* en el *Apéndice*, bajo el Núm. XXV.

cho una guerra implacable; un enemigo declarado de la tiranía desde el tiempo en que ésta se hallaba en todo su esplendor; era en fin uno de los hombres de la revolución que había triunfado. En consecuencia de todo esto, el plan de San Luis, que representaba por un lado las buenas tendencias de la causa popular, y que por otro ligaba con los intereses de ella el interés de clases poderosas, era una cosa temible para el plan de Ayutla y para sus hombres. Si uno de ellos no hubiera reunido en su persona las raras prendas que así dominan los acontecimientos como avasallan las voluntades, la revolución se habría perdido precisamente en la hora de su triunfo: al tocar la puerta de nuestras ciudades, éstas la habrían rechazado como á una desconocida, y ella habría tenido que volverse á sus montañas.

No fué así: Dios había querido que por entonces la sangre de Zapotlan fuese la última que se vertiera, y que la espada que allí había domeñado el postrer esfuerzo de la tiranía, no volviese á desenvainarse sino en una ocasion mas solemne, y en mas espléndido teatro, para firmar con ella una paz larga y venturosa.

El general Comonfort se dirigia de Colima á Guadalajara, cuando supo en Santa-Anna Acatlán, el 20 de Agosto, los acontecimientos ocurridos en México el dia 13, así como los que habían tenido lugar en el mismo sentido, en San Luis, Zacatecas, y la misma ciudad de Guadalajara. Dió las órdenes convenientes en virtud del nuevo aspecto que ya presentaba la situacion, y continuó su marcha hácia la capital de Jalisco, á donde llegó el 22. Allí fué recibido con el entusiasmo que siempre escitan los hombres generosos que libran por la libertad de su patria; y el dia siguiente dirigió una proclama á los habitantes de la ciudad, manifestándoles el propósito de hacer por ellos y por la nacion entera, cuanto estuviera en su mano para realizar las promesas del plan de Ayutla (2).

En Guadalajara dictó Comonfort las medidas convenientes para que la revolución marchára á su fin, sin estraviarse en el intrincado laberinto por el cual tenia que andar entonces; respondió á las invitaciones que se le hicieron para que reconociese el gobierno del general Carrera, con aquel poder de razones y de conviccion, que recordando dos años de combates, pesaba tanto en la balanza de los acontecimientos; estipuló con Don Antonio Haro una conferencia para celebrar un avenimiento que diese por resultado la paz de la República; y despues de tomar para Jalisco disposicio-

(2) Véase esta proclama en el *Apéndice*, bajo el Núm XXV.

nes bienhechoras, de haber hecho formar el Estatuto Orgánico del departamento, y de nombrar gobernador á Don Santos Degollado, salió de Guadalajara con su division el 13 de Setiembre, despidiéndose de los habitantes de Jalisco con aquellas palabras mágicas que anunciaban á los pueblos la próxima terminacion de sus infortunios, y un porvenir de libertad y de ventura. (3)

La conferencia con Don Antonio Haro debia ser en Lagos el 16 de Setiembre, y á ella estaba citado tambien Don Manuel Doblado, gobernador de Guanajuato, que había proclamado en aquel departamento un plan distinto del de Ayutla, y que parecia inclinado á prestar su adhesion al de San Luis. Una brigada del ejército á las órdenes del general Márquez, que acompañaba al gobernador Doblado, daba en cierto modo robustez al pronunciamiento de San Luis, que era seguramente para el elemento militar, mas halagador que el plan de Ayutla, en el cual no constaban tan espresamente manifestadas las garantías que necesitaba el ejército. La República entera estaba pendiente de aquella conferencia; y como eran tan considerables las fuerzas que sostenian los nuevos intereses del plan de San Luis contra los intereses antiguos de la revolución, creyóse generalmente que iban á prevalecer las pretenciones de Haro.

Así habría sucedido probablemente, si el hombre á quien estaba entonces confiada la suerte de la revolución, no hubiera sido tan hábil político y prudente negociador, como intrépido soldado y valiente capitán.

De Guadalajara á Lagos, la marcha del general Comonfort fué una ovacion continua: los pueblos salian á victorearle y le colnaban de aplausos, y por todas partes era acogido con las muestras de cariño y de gratitud que escita el libertador de un pueblo. Las autoridades de Lagos y las personas mas distinguidas de la ciudad, salieron á recibirle el dia 14 á dos leguas de distancia, y en la plaza principal se había erigido un arco de triunfo con inscripciones en honor del afortunado caudillo.

Una feliz casualidad, de esas que suelen acompañar al génio y constituyen la fortuna de los grandes hombres, hizo que en la mañana del 16 recibiera Comonfort la noticia de haberse acabado el gobierno del general Carrera, y de haber sido adoptado sin variacion alguna en la capital el plan de Ayutla. Con esto pudo ya presentarse en la conferencia, pertrechado con el poder de aquel importante acontecimiento, que aconsejaba la sumision al mismo plan, á todos los

(3) Véase esta proclama en el *Apéndice*, bajo el Núm XXVII.

que de buena fe querian que no se prolongáran los conflictos de la nacion.

La conferencia se celebró á las diez del dia en la casa del marqués de Guadalupe donde Comonfort estaba alojado. Este llevaba consigo al Licenciado Don Joaquin Angulo; Doblado y los generales Echeagaray y Márquez representaban al departamento de Guanajuato y su guarnicion; Haro personificaba el plan de San Luis, y representaba los votos de los pueblos que se le habian adherido.

No hubo mucho que discutir en la conferencia. Prescindiendo de que la revolucion tenia una ley reconocida y aceptada por todos los que habian hecho la guerra á la dictadura, se presentaba palpitante en aquellos momentos, el reciente hecho de haber caido ya un gobierno establecido, solo porque no habia tenido por base aquella ley. Y si esto habia sucedido á la administracion del general Carrera, ¿como habia de ser mas feliz cualquiera otra, que tuviese por fundamento las mismas infracciones, la misma ilegitimidad y el mismo desconocimiento del plan de Ayutla? Nada tuvieron que oponer los de la conferencia á esas y otras razones, dichas allí con el acento de la franqueza, de la conviccion y del patriotismo, por el mismo hombre que habia hecho la ley de la revolucion, que la habia sostenido en sangrientos combates, y que estaba dispuesto á defenderla contra sus nuevos enemigos, con la misma resolucion que habia manifestado ante el formidable poder de la dictadura.

La conferencia terminó á las tres de la tarde, dando por resultado los *convenios de Lagos*, por los cuales Don Manuel Doblado y Don Antonio de Haro y Tamariz, se obligaron á reconocer el plan de Ayutla sin ninguna modificacion, y á respetar y obedecer al general Alvarez como general en jefe, y al general Comonfort como su segundo. (4)

Don Ignacio Comonfort acababa de salvar á la revolucion de uno de los mayores peligros que habia corrido desde su nacimiento en Ayutla. Acapulco y Michoacán habian revelado al guerrero y al patriota: Lagos revelaba al hombre de los buenos consejos.

Su proclama de aquel dia está llena de las efusiones que aquel acontecimiento feliz debia causarle. Al felicitar á su patria por el triunfo de la causa popular, salieron de su boca ardientes votos de gratitud hácia el Supremo Hacedor de las sociedades, bellas palabras de amistad y de respeto para el venerable caudillo de la revolucion, puros consejos de union y fraternidad para todos sus conciudadanos. Aquellos acentos

(4) Véase este convenio en el *Apéndice*, bajo el Núm. XXVIII.

fueron á comover las fibras de todos los corazones generosos, y fueron para las pasiones alborotadas como la voz de Dios que calma las tempestades. (5)

Celebrado el convenio de Lagos, marchó Comonfort á Guanajuato, donde le aguardaban las mismas muestras de respeto y de gratitud que en todas partes. Allí sirvió tambien su presencia para calmar los espíritus, que se hallaban agitados por las incertidumbres de la situacion: hizo que se adoptara el plan de Ayutla como la única ley que por entónces podia salvar la patria; y despues de haber dictado sabias providencias para bien del departamento, salió de Guanajuato el 28 de Setiembre, despidiéndose de aquellos habitantes con una proclama, en la que les aconsejaba huir de toda exageracion, recomendándoles el amor al orden y á la libertad, como siempre lo hacia (6)

Su tránsito por el interior de la República fué una marcha triunfal: las ciudades le habrian las puertas y le recibian entre aplausos y regocijos; los habitantes del campo salian á los caminos para verle, y en todas partes era aclamado como un redentor del pueblo, que venia á dar al país libertad, justicia y felicidad.

Todos los periódicos de la capital y de los departamentos le preconizaban como el vínculo de union entre los mexicanos; todos los partidos ensalzaban á porfia sus virtudes, y todos le proponian como el ciudadano más digno de ocupar la presidencia. Si en el plan de Ayutla no hubiera estado señalada la manera de eleccion, Comonfort habria sido desde luego el jefe del Estado, en virtud de aquella aclamacion general.

Sobran razones para presumir que un sentimiento de modestia y de delicadeza le hizo retardar su viaje á Cuernavaca, para donde estaba citado con los demás candillos. Idolo del pueblo, aplaudido como un héroe, circundado de la brillante aureola de triunfador, ensalzado por todas las clases y todos los partidos, designado en fin por la opinion pública como cabeza de la nueva situacion que iba á crearse, esta aura popular podia ser un obstáculo á la libertad de la eleccion: él debió conocerlo así, y hubo de comprender que convenia á su decoro no estar presente con el resplandor de su gloria á la eleccion presidencial. De otro modo, no se alcanzan los motivos que tuvo para no llegar á Cuernavaca sino hasta el 5 de Octubre, cuando desde el 16 de

(5) Véase esta proclama en el *Apéndice* Núm. XXIX.

(6) Véase en el *Apéndice* Núm. XXX.

Setiembre en que se hicieron los convenios de Lagos, no hubo motivo grave que le detuviera en el camino.

El general Alvarez nombró en Iguala el 24 de Setiembre los representantes de los departamentos que debían elegir al presidente provisional, conforme al plan de Ayulla, disponiendo que se reuniesen en Cuernavaca el 4 de Octubre, para cumplir su encargo. En seguida marchó para aquella ciudad con su division, y llegó á ella el 2 de Octubre, en cuya fecha dió un manifiesto, anunciando que iba á terminar su mision, y que instalado el nuevo gobierno prestaría la debida obediencia al supremo magistrado que fuera elegido por los representantes.

Estos se reunieron en Cuernavaca el dia señalado: el general Alvarez los escribió en breves palabras á que eligiesen para la presidencia á una persona digna de ocupar tan alto puesto, por su probidad, por su patriotismo y por las demás cualidades necesarias en el primer magistrado de un pueblo libre. En seguida se quedaron solos, y eligieron presidente interino de la República al mismo respetable general que tan felizmente habia conducido la revolucion hasta aquel punto.

La eleccion del general Alvarez no gustó á todos. Habia corrido la voz de que el anciano caudillo no queria ser presidente, porque ni su edad, ni sus enfermedades, ni su género de vida le permitian ponerse al frente del gobierno. Contábase que tanto el jefe de la revolucion como los demás caudillos, se habian puesto de acuerdo desde mucho antes para hacer que Comonfort subiese á la primera magistratura; y se decia sin embozo, que la eleccion de Alvarez habia sido el resultado de malas intrigas. Para apoyar estas suposiciones, se comentaba de mala manera la circunstancia de que el general en jefe hubiera nombrado á los representantes en Iguala, y la de haber dispuesto que fuese Cuernavaca el lugar de la eleccion, sin aguardar á que Comonfort llegara y sin pedirle consejo sobre unos puntos tan importantes, como lo habia hecho siempre hasta entonces. En fin, se murmuraba altamente del resultado de la eleccion presidencial; y Dios sabe hasta donde habrian llegado aquellas murmuraciones, si no hubiera alzado su voz para acallarlas el que ya entonces era el ídolo del pueblo. Comonfort llegó á Cuernavaca el 5 de Octubre, un dia despues de la eleccion; y viendo el nublado que se estaba formando á causa de ella, hizo callar á los descontentos, manifestando por medio de los periódicos, que á nadie habia juzgado mas digno de la presidencia que al venerable caudillo del Sur, que su gobierno era legítimo y eminentemente

te nacional, y que protestaba sostenerle con todas sus fuerzas (7).

El nuevo presidente nombró su ministerio, y dió al general Comonfort la cartera de guerra, nombrándole además general en jefe de las tropas del distrito, con cuyo carácter vino á la capital el 8 de Octubre.

Las pasiones se hallaban exaltadas; habíase despertado la ambicion de los partidos; la prensa habia empezado á desenfrenarse, rotas las prisiones que la habian tenido encadenada por tanto tiempo; habia una alarma general; y las dificultades de la situacion se aumentaban con la circunstancia de estar el gobierno en Cuernavaca, donde permaneció aun por algunos dias el nuevo presidente. En aquel periodo de tantas crisis debió la capital de la República la conservacion del orden al general Comonfort.

No es de omitirse aquí una circunstancia, que debe tenerse presente para juzgar bien algunos acontecimientos futuros. Triunfante la revolucion, habíase conservado en su seno el odio mas profundo hácia el ejército que la habia hecho tan cruda guerra. La idea de disolverlo iba prevaleciendo en la opinion que mas abiertamente podia manifestarse entonces, y acaso estaba tambien en el programa de los partidos dominantes. El hecho es, que si no se trató formalmente de la disolucion del ejército, hubo por lo menos grandes amagos de realizarla. Comonfort que como miembro del gabinete se habia opuesto ya á que se adoptasen violentas medidas en otros ramos, se opuso tambien como ministro de la guerra, á que se adoptase la relativa al ejército y á costa de esfuerzos increíbles, y de pasar tal vez por poco ardiente revolucionario ante la exaltacion democrática de aquellos dias, consiguió que se aplazara para mas adelante aquella cuestion, no sin dejar establecido como punto esencial de la política futura, que la clase militar debia ser reformada como todas, pero en ningun caso destruida. Los individuos del ejército se lo agradecieron entonces, aunque despues muchos de ellos lo olvidaron.

Las dificultades no se acabaron con la traslacion del gobierno á la capital. El respeto que inspiraba el anciano caudillo del Sur, no era bastante á sofocar las manifestaciones de descontento que se hacian por todas partes. Asomaban en diferentes puntos de la República síntomas de nuevos pronunciamientos y rebeliones; y en Guanajuato se pronunció

(7) Véase en el *Apéndice*, bajo el Núm XXXI, la carta que dirigió Comonfort al Siglo XIX, sobre el asunto de que aquí se trata.

al fin el gobernador Don Manuel Doblado, desconociendo al gobierno de Alvarez, y proclamando presidente de la República á Don Ignacio Comonfort.

No necesitaba esto el presidente interino para abandonar un puesto que no habia ambicionado, y del cual deseaba separarse, para vivir con el socio que reclamaban su edad y sus modestas costumbres. Antes de saber las ocurrencias de Guanajuato y llenada ya la principal mision de su gobierno con la convocatoria del congreso constituyente, determinó dejar el mando, y nombró presidente sustituto al hombre á quien designaba para aquel puesto la opinion pública: era tambien el que la opinion privada del venerable caudillo habia señalado de antemano como merecedor de tamaña honra.

El 12 de Diciembre se publicó el decreto por el cual fué nombrado presidente sustituto de la República el general Don Ignacio Comonfort; y con este motivo hubo en la capital escenas lamentables de desórden, que premovieron gentes de contentadizas y apasionadas. Habian perjudicado para con ellas al ilustre caudillo, las ideas de moderacion y de templanza que habia manifestado en el seno del gabinete, y las alabanzas que le habian tributado otros bandos políticos que no habian sido antes partidarios de la revolucion reformadora. Pensaron, pues, algunos, que el advenimiento de Comonfort al poder, importaba tanto como un paso hacia la reaccion; y arrastrados por esta quimera, encendieron las pasiones populares, alborotaron á las turbas, y prorrumpieron en gritos sediciosos por calles y plazas.

No era hombre Comonfort que en medio de tales demostraciones, aceptase un puesto que por otra parte no podia ofrecer entonces ningun aliciente ni aun á la ambicion mas desmesurada; y aunque bien conocia que significaban muy poco los gritos que contra él se habian levantado, bastaba para su delicadeza y su decoro, el que se opusieran algunos, para que él se negara abiertamente á tomar posesion de la presidencia. En vano se señaló dia para la ceremonia, y en vano le rogaron el presidente interino, los hombres del gobierno, sus numerosos amigos, y aun los partidarios juiciosos de las opiniones que se habian alarmado; él permaneció invariable en su resolucion, y no cedió al fin sino á los dobles esfuerzos de la amistad y del patriotismo; que se juntaron en un momento solemne para vencer aquella resistencia.

Era grande la agitacion que reinaba en la capital: y Alvarez conoció que si se prolongaba aquella crisis, podia sobrevenir algun grave trastorno. Entonces el anciano presidente sale de palacio, dirijese á casa de Comonfort, le sa-

luda y le abraza con toda la efusion de camarada y de amigo; y casi con las lágrimas en los ojos, representándole el peso de sus años y de sus dolencias, é invocando los santos nombres de la amistad y de la patria, le ruega que acepte el puesto para el cual le habia nombrado. Comonfort no pudo resistirse, y aceptó resignadamente la mision de honor y de sacrificios que se le confiaba.

La conducta del general Alvarez, descendiendo voluntariamente de la cumbre del poder, para volver á la vida privada, y rogando á otro con ese poder tan codiciado, es un rasgo de desprendimiento y abnegacion, de que ofrece pocos ejemplos la historia. En nuestro siglo de relajacion y de torpes ambiciones, solo podia elevarse á tanta altura el modesto ciudadano que pocos dias despues, ya en camino para el rincon de su tierra natal, escribia estas hermosas palabras, dignas de un republicano de los tiempos antiguos: "Pobre entré en la presidencia, y pobre salgo de ella; pero con la satisfaccion de que no pesa sobre mi la censura pública, porque dedicado desde mi tierna edad al trabajo personal, sé manejar el arado para sostener á mi familia, sin necesidad de los puestos públicos, donde otros se enriquecen con ultraje de la orfandad y de la miseria."

Puesto Don Ignacio Comonfort á la cabeza del gobierno, se restableció la calma que ya se iba perdiendo en la capital, y los descontentos se convencieron muy pronto de que el hombre de Ayutla y de Acapulco, aunque libre de las exageraciones políticas y esento de pasiones revolucionarias, era el hombre de la libertad, de la reforma y del progreso.

Su advenimiento al poder llevó la quietud á los ánimos que se agitaban en toda la República: los pronunciados de Guanajuato depusieron su actitud hosil, y le prestaron obediencia; y los pendones rebeldes que ya se levantaban para protestar contra el órden de cosas establecido, se humillaron á los piés del buen ciudadano que habia sabido inspirar á sus compatriotas tanto respeto, é infundirles tantas esperanzas.

La revolucion habia triunfado, y estaba consumada por fin la grande obra empezada en Ayutla. Nacida en un humilde pueblo del Sur, refugiada en las asperezas de sus montañas, y conducida al través de mil peligros por los varones esforzados que mecieron su pobre cuna, la hemos visto crecer, propagarse y engrandecerse, hasta el punto de reinar hoy como señora, y de ser en México la base del porvenir. Débil y flaca al principio, perseguida y ultrajada, ludibrio de los poderosos y escándalo de los humildes, hoy lle-

va sobre sus hombros los destinos y las esperanzas de un pueblo, y tienen que humillarse ante ella los que antes la desdénaban. No es la primera vez que nacen en un pesebre, y se alimentan de persecuciones, y crecen con la sangre de sus mártires, las grandes ideas regeneradoras de la humanidad. Por un oculto designio de la Providencia, que no nos explicamos, pero que siempre advertimos, las redenciones sociales y políticas de cada pueblo, se parecen á la redencion universal del mundo: llegan con trabajo desde el Gólgatha al Capitolio, y se albergan en la barca de un pescador, mucho antes de alojarse en el Vaticano.

Hemos visto á la revolucion, despreciada y aborrecida, puesta en ridículo y ensangrentada en el cadalso, derrotar á sus enemigos en todas partes y de todas maneras: á los ejércitos en los campos de batalla, á los calumniadores en la opinion pública, á los verdugos en el suplicio donde pensaban acabar con ella. Bello episodio, al par que sangriento, de la lucha tenaz que sostiene el derecho contra la fuerza en todo el globo, la revolucion de 1854 no es tan grande por haber derrotado á la tiranía, cuanto por haber alcanzado una espléndida victoria contra los gérmenes de corrupcion y de muerte que la demagogia había infiltrado en su seno. No sabemos los bienes que hará á la nacion que le sostuvo en medio de tantos dolores y á costa de tan crebles sacrificios, porque todavía está oscuro y tenebroso el porvenir; pero bienes positivos son haber dado á conocer á México, que el orden sin la libertad es un fantasma, que la libertad sin el orden es una quimera, y sobre todo, que entre los hijos de este país hay hombres que valen tanto para su patria como los mas famosos personajes de Grecia y Roma. Si ahora se exagera el principio de la libertad, como exageró la dictadura el principio del orden, y si por esta causa la República se pierde, no será culpa de la revolucion ni de los hombres que la consumaron. Estos hombres pueden decir á los mexicanos: „vuestra libertad ha costado muy cara; no por vuestras pasiones volvais á caer en la servidumbre.” (8)

(8) Empti estis pretio magno . . . Nolite fieri servi hominum  
SAN PABLO.

## CAPITULO DECIMO.

### MOVIMIENTOS REACCIONARIOS.

Gérmenes de descontento — Exageraciones de la prensa. — Medidas de Vidaurri. — Temores del clero y del ejército. — Tumultos en Oajaca y en Puebla. — Grito de religion y fueros en Zacapoxtla. — Desecciones de algunos gefes militares. — Uragu en la sierra Gerda. — Angustias de la situacion. — Don Antonio Haro. — Sus conspiraciones. — Su entrevista con el presidente. — Su destierro y su fuga. — Pónose á la cabeza de la reaccion. — Fuerza material y moral de los rebeldes. — Entran en Puebla. — Preparativos del gobierno. — Armase la guardia nacional. — Gefes y oficiales del depósito. — Notable medida de Comonfort. — Mal juicio que se formó de ella. — Vánse á la faccion los gefes y oficiales del depósito. — Derrota de Uragu y pacificacion de la Sierra. — Su prision, y disolucion de su guerrilla. — Inaccion de los pronunciados. — Motin de San Juan de Ulúa. — Graves daños de la situacion. — Resuélvose Comonfort á llevar la guerra á Puebla, y marchar él mismo á la cabeza de las tropas.

NUESTRA historia debía terminar en el capítulo anterior, porque en él concluye la revolucion de Ayutla. Sin embargo, el día en que nuestra relacion acaba, no fué el día de la paz para México: todavía era preciso inmolar nuevas victimas en los altares de la guerra, antes que se aplacárase la deidad terrible: la cándida figura de la paz no había de presentarse á los mexicanos sino en otro teatro de sangre y desolaciones. La revolucion agregó á sus páginas otra página de luto y gloria, y es preciso darla un lugar en este libro.

Anaciguáronse los ánimos de la multitud cuando el general Comonfort subió á la presidencia, pero no se estirparon del todo los gérmenes de revolucion que habían nacido en tiempo de Alvarez. Una ley sobre administracion de justicia, en la que se había abolido el fuero eclesiástico, y con-